

dándole la norabuena del fruto que hacian sus hijos en Alemania, y diciéndole las esperanzas que tenía que por medio dellos se habia de reducir toda aquella latísima provincia, y florecer en ella nuestra santísima religion, y pidiéndole más padres y obreros de la Compañía. La cual carta, para que mejor esto se entienda, quiero poner aquí.

## CAPÍTULO V.

Carta del duque de Baviera para el padre maestro Lainez, general de la Compañía de Jesus.

ALBERTO, POR LA GRACIA DE DIOS, CONDE PALATINO DEL RHEINO Y DUQUE DE LA UNA Y DE LA OTRA BAVIERA, ETC.

«Por las cartas que el año pasado escribimos á vuestra paternidad rogándole que nos enviase algunos padres graves y doctos de su Compañía, habré podido entender el conceto que tenemos de su instituto, y del provecho grande que dél se ha de seguir á toda la república cristiana; y cierto que no nos habemos engañado. Porque los padres de la Compañía que vuestra paternidad poco há nos ha enviado han dado tan feliz y dichoso principio, que parece que han querido aventajarse, y vencer con su santa vida y doctrina, y con la alegría cuidadosa y admirable que tienen en el enseñar á los otros sus hermanos que están en el colegio de Ingolstadt, con una emulacion muy loable y muy provechosa para la santa Iglesia católica. Sobre estos fundamentos, tan bien echados en el nombre del Señor, procuran ahora levantar la obra, y con los sermones y pláticas llevar adelante el edificio comenzado, y reparar continuamente la cerca de la viña del Señor, para que las bestias fieras no la destruyan y descepen, y las espinas y malezas se arranquen, y toda la viña se cultive y conserve. Destos seminarios de la Compañía, con gozo y alegría increíble, nos prometemos y esperamos la reformation de la Iglesia, y verla restituida en aquella su primitiva hermosura y resplandor. Porque, ¿qué hombre cristiano y sincero habrá que no se alegre de corazón viendo que con la excelente erudicion y loable vida de los hijos de vuestra paternidad se debilitan los impetus de los herejes, y su loca pertinacia queda confundida? Por lo cual, con mucha razon damos el parabien á vuestra paternidad, como á padre de tales hijos, por cuyo medio tenemos grandísima y casi única esperanza que las herejias se han de desarraigar, y revivir la religion santa y católica. Pero esta nuestra alegría y esperanza se nos agua, viendo cuán pocos son los padres de la Compañía que tenemos para tantos trabajos y ministerios. Porque, como cada día, por la gracia de Dios, crece el número de los fieles y católicos, es necesario que los padres acudan á enseñar en las cátedras, á predicar en los pulpitos, á oír las confesiones de los que vienen á ellos, que son muchos; de confirmar á los flacos y levantar á los caídos, y ocuparse en tantos otros ministerios, que no es posible humanamente que puedan cumplir con todos sin nota-

» ble quiebra de su salud. Por tanto, tornamos á pedir y rogar á vuestra paternidad que, compadeciéndose de los trabajos y más pesada carga de sus hijos que ellos pueden llevar, nos envíe otros que los acompañen y ayuden á coger las copiosas mieses que hay en nuestros estados, y asienten y acaben con perfeccion este colegio; que nosotros le proveeremos de todo lo necesario, de tal manera, que todos entiendan la benevolencia y amor con que abrazamos esta venerable Compañía, y nuestra santa y católica religion tenga perpétua morada en este nuestro colegio. Todo lo que fuere menester para el viático de los padres que aguardamos, habemos mandado dar como lo ordenare el padre Canisio. De Monaco, á veinte y siete de Junio de mil y quinientos y sesenta.»

## CAPÍTULO VI.

Cómo la Compañía entró en el reino de Cerdeña.

Volviendo pues á las fundaciones de los colegios de la Compañía que se hicieron en el principio del generalato del padre Lainez, en el mismo año que se fundó el colegio de Monaco, que fué el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, entró la Compañía en la isla de Cerdeña con esta ocasion. Un caballero piadoso, prudente y ejercitado en los negocios del mundo, que era sardo y Maestro Racional del reino de Cerdeña (1), llamado Alejo Fontana, habia tratado mucho con los padres de la Compañía en Flándes y en otras provincias, y aprovechábase de su doctrina; el cual, estando para morir, mandó en su testamento que se fundase un colegio de la Compañía en la ciudad de Sacer, de aquel reino, y que toda su hacienda se aplicase para sustento de los religiosos que viviesen en él, sin ponerles ninguna otra obligacion ni condicion. Fué avisado desto el padre maestro Lainez, y escribió al padre Francisco de Borja (que á la sazón era su comisario general en España) que enviase á aquella isla un par de padres por manera de mision, los cuales se informasen de la disposicion y testamento de Alejo Fontana, y del aparejo que habia en ella para hacer fruto la Compañía y servir á nuestro Señor. El padre Francisco envió para este efeto á los padres Baltasar Piñas y Francisco Antonio, que fueron los primeros de la Compañía que entraron en Cerdeña para plantarla y darla á conocer á aquella gente. Fueron muy bien recibidos del Virey, perlados y gobernadores, para los cuales habian llevado cartas de recomendacion de la princesa doña Juana, hija del emperador don Carlos V y hermana del rey Católico don Felipe, que entónces gobernaba á España por su hermano. Dieron luego á los dichos padres una buena casa, con su iglesia, en la ciudad de Sacer, que una señora difunta habia edificado para monesterio de monjas, y á la sazón estaba alquilada á mercaderes, que la tenian bien profanada. Juntóse con los

(1) Contador mayor ó intendente. Era voz muy usual en la corona de Aragon, de la que en algun tiempo habia formado parte la isla de Cerdeña.

dichos padres el padre Pedro Espiga, natural de Cállar, que poco ántes habia venido de Flándes á convalecer á los aires naturales; y comenzaron todos tres padres á ejercitar los ministerios de la Compañía, á predicar en las iglesias y en las plazas, cárceles y hospitales; á enseñar la doctrina cristiana por las calles, á leer una lecion de casos de conciencia para toda suerte de gente, y hacer los demas oficios de caridad que usa la Compañía. Fué tanto lo que nuestro Señor obró por medio destos padres en aquellos principios, que de muchas leguas venian á confesarse con ellos y comunicar sus conciencias, y poner todos sus negocios en las manos dellos, con tan grande crédito y opinion de bondad, que por toda la isla no los llamaban por otro nombre sino los santos padres.

Habiendo pues considerado la necesidad casi extrema de doctrina que habia en aquella isla, y el estrago y destruicion que los vicios y malas costumbres habian hecho, por falta della, en todos los estados y linajes de gente, y la buena disposicion que habia para cultivarla, dieron aviso al padre Lainez de lo que habian hallado, y el padre les envió más gente desde Roma, y aceptó el colegio de Sacer; y despues, en el año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, otro en la ciudad de Cállar, donde suele residir el Virey y su córte; y ha crecido tanto la Compañía en aquella isla, que tenemos ya en ella cuatro colegios bien fundados y una casa de probacion. No se podria decir con pocas palabras lo mucho que Dios nuestro Señor se ha servido de los de la Compañía en aquel reino; porque se ha reformado en gran manera el clero, hanse desarraigado muchas deshonestidades y escándalos públicos, desterrádose la inorancia, animádose la gente al estudio de las letras, las cuales se ejercitan y florecen en los colegios de la Compañía. De manera, que hay ya gran número de personas que las estudian y aprenden, y despues se gradúan en alguna de las insignes universidades de Italia, y está lleno el reino de clérigos honestos y doctos teólogos, y de otros juristas y filósofos. Hanse hecho grandes restituciones, quitándose los contratos usurarios que ántes se usaban, los sacrilegios, amancebamientos públicos y casamientos ilícitos, los hechizos y supersticiones, y otros pecados enormes, que aquella gente (que de suyo es piadosa y bien inclinada) cometia por inorancia. Y con el uso frecuente de la palabra de Dios y de los santos sacramentos de la confesion y comunión, se ha renovado todo aquel reino, y las otras religiones se han animado á ayudar y favorecer con su ejemplo y doctrina, y cultivar tambien por su parte aquella viña del Señor, y han entrado en ellas y en la Compañía muchos y muy buenos sujetos.

## CAPÍTULO VII.

Cómo el padre Luis Gonzalez de Cámara dejó de ser asistente, y fué enviado á Portugal.

Ordenan las constituciones de nuestra Compañía que el Preposito general tenga cabe sí cuatro padres P. R.

de los más graves della, que llamamos asistentes, porque asisten al General, y le sirven de consejo y de ayuda en todos los negocios graves que se ofrecen; y demas desto, son como ojos de la misma Compañía para mirar lo que hace el General, y moderar sus trabajos cuando él excediese, y áun para irle á la mano si fuese menester. A estos cuatro asistentes eligen los mismos electores que eligen al General, y son menester tantos votos para elegir á cada uno dellos como para la eleccion del mismo General, el cual no puede quitar ni mudar los asistentes por su sola voluntad, porque en esto no dependen dél, sino de la Compañía, que les dió el oficio y autoridad. Estos asistentes no tuvo nuestro padre Ignacio de Loyola, que fué el primero preposito general de la Compañía; porque, demas que las constituciones no estaban aún publicadas y admitidas en la universal Compañía, como juntamente era fundador é instituidor y legislador della, y padre y maestro de todos, pareció cosa muy debida y conveniente que no tuviese asistentes ni otros, ni más consultores que los que el mismo padre por su voluntad quisiese tomar. Pero, muerto nuestro padre Ignacio, en la primera congregacion general que se celebró despues de su santo tránsito (en la cual el padre maestro Lainez salió preposito general, como dijimos), se nombraron los cuatro asistentes, que fueron los padres maestro Jerónimo Nadal, el maestro Juan de Polanco, Luis Gonzalez de Cámara y el doctor Cristóbal de Madrid; todos cuatro varones insignes y de conocida religion y prudencia. El padre Luis Gonzalez era portugues de nacion, y de sangre ilustre; habia sido confesor del principe don Juan, hijo del rey don Juan el Tercero y padre del rey don Sebastian, y dado tanta satisfacion el tiempo que lo fué, que el rey don Juan habia quedado muy pagado de sus buenas partes, y cuando murió, entre otras cosas, dejó ordenado que el dicho padre fuese maestro de su nieto el rey don Sebastian, que quedaba niño, y debajo de la tutela y gobierno de la reina doña Catalina, su agüela. La cual, queriendo cumplir la voluntad del rey su marido, escribió al padre maestro Lainez, pidiéndole al padre Luis Gonzalez para maestro del rey niño, como el rey don Juan lo habia mandado. El padre Lainez respondió á la Reina, agradeciendo la singular merced y favor que hacia á la Compañía en quererle servir su alteza de hombre della para cosa tan alta é importante como era la enseñanza é instruccion del rey don Sebastian, su nieto; pero declarándole que aquello no estaba en su mano, sino en la de la Compañía, por haberle dado ella al padre Luis Gonzalez por asistente, sin quedarle á él facultad para poderle por sí solo quitar. La Reina replicó la segunda vez que ésta habia sido la última voluntad del rey don Juan, su señor, y que ella no la podia alterar, ni poner casa á su nieto, hasta que el padre Luis Gonzalez fuese á Portugal y se encargase de enseñar y dotrinar al niño, y que le pedia y encargaba que pospuestas cualesquiera dificultades, se le enviase luego,

porque esto era lo que convenia, y no podia ser otra cosa. Con esta segunda instancia tan apretada, el padre Lainez, aunque holgára poderse excusar, y no ver á la Compañía metida en cosa tan honrosa y sujeta á tantos juicios y lenguas, todavia se determinó de obedecer y servir á la Reina, y enviarle luégo al padre Luis Gonzalez; respondiéndole á la carta de su alteza que él obedecia á sus reales mandatos en cuanto podia, que era enviarle, y consultar á los provinciales de la Compañía que estaban en Europa, y proponerles el caso, y rogarles que tuviesen por bien lo que se habia hecho por servir á su alteza, y que eligiesen, en lugar del padre Luis Gonzalez, otro padre por asistente, conforme á nuestras constituciones, que así lo disponen. Y que si los provinciales lo aprobasen (como el padre creia que lo aprobarian), en nombre del Señor se quedase el padre Luis Gonzalez en Portugal para lo que su alteza le mandase; y que si no lo tuviesen por bien, él á lo ménos habria mostrado la voluntad y deseo que tenia de obedecer y servir (como era razon) á su alteza.

El padre Luis Gonzalez sintió tantas dificultades y tan grande repugnancia en esta su ida á Portugal para cargo tan honroso é importante, que quiso persuadir con muchas y graves razones, que dió de palabra y por escrito al padre Lainez, que en ninguna manera le enviase; porque ni á él ni á la Compañía le estaba bien que él se encargase de aquel oficio, y entrase en un golfo tan peligroso y sujeto á tantos vientos y murmuraciones. Pero, como la Compañía debe tanto á los serenísimos reyes de Portugal, y desea y procura ser agradecida, pareció al padre Lainez que no podia excusar de enviar al padre Luis Gonzalez á Portugal, como la Reina con tanta instancia y con tantas véras se lo mandaba. Y así, le envió en los primeros de Julio del año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, ordenándole que representase á su alteza sus razones, y que si su alteza las tuviese por buenas, él se holgaria mucho que quedase libre de la carga de maestro del Rey, que le querian echar. Con esto, el padre Luis Gonzalez fué á Portugal y dió sus razones á la Reina; pero no le valieron, y se hubo de encargar de enseñar al rey don Sebastian, como lo hizo. Lo cual he querido escribir aquí, para que mejor se entienda lo que ordenan acerca de los asistentes las constituciones de la Compañía. Y que, siendo general el padre Lainez, se comenzaron á usar en ella, y la dificultad que hubo en este particular, así por ser el padre Luis Gonzalez á la sazón asistente, como por la repugnancia que tiene la Compañía á semejantes cargos de autoridad y grandeza, y por la resistencia que hizo el mismo padre Luis Gonzalez para no ser maestro del rey don Sebastian, como queda referido.

#### CAPÍTULO VIII.

De los votos que tuvo para papa el padre Lainez.

Murió este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, á diez y ocho de Agosto, el sumo

pontífice Paulo IV, siendo (como habemos dicho) el padre Lainez prepósito general; el cual gobernaba la Compañía en aquel tiempo, y leia y predicaba en Roma con grandísimo concurso, aplauso y aprovechamiento de toda la corte y ciudad. Estando los cardenales en su cónclave ocupados en la elección del futuro pontífice, y habiendo entre ellos poca union y conformidad en la persona que habian de elegir, á petición del Cardenal de Augusta, y con consentimiento de los demas cardenales, fué llamado al cónclave el padre Lainez para cierta dificultad que se ofrecia. Como le tuvieron dentro, algunos cardenales de los más graves y celosos del bien de la santa Iglesia, que le habian tratado más y conocido las grandes partes de su bondad, letras y prudencia que Dios nuestro Señor le habia comunicado, comenzaron á platicar y tratar de hacerle papa. El buen padre entreoyó esto, y luégo pidió licencia, y se salió del cónclave con tanta prisa y espanto como si le quisieran maltratar; huyendo de lo que otros tanto desean y procuran, y hurtando el cuerpo á los cardenales, por quitarles con su ausencia la ocasion de cosa de que él se tenia por indignísimo. Despues de salido del cónclave, todavia pasó adelante el celo y voluntad de los dichos cardenales, y avisáronle que doce de los más señalados, graves y celosos, y que descaban con mas véras la reformacion de la santa Iglesia, y para esto hacer una santa eleccion, le habian dado, sus votos para papa. Confundióse el buen padre y asombróse dello; y viniéndoselo á decir don Francisco de Vargas, embajador que era en Roma del Católico rey de España don Felipe II deste nombre, le respondió palabras graves y severas, que mostraban bien su pecho, y su menosprecio del mundo y humildad. Yo supe muy en particular lo que el Embajador dijo al padre, y lo que el padre le respondió (1). Y el mismo Cardenal de Augusta (á cuyo pedimento é instancia fué llamado el padre Lainez al cónclave), cuando el padre murió, entre otras cosas de mucha edificacion y ejemplo que dijo dél, celebrando sus honras en su colegio de Dilinga, contó lo que aquí he referido de los votos que tuvo para papa, y la prisa y asombro con que habia huido. Y no es maravilla que quien tantos extremos habia hecho por no ser cardenal cuantos arriba dijimos, y tanto habia procurado servir al Señor en humilde bajeza, huyese con tanto mayor cuidado la dignidad del sumo pontificado, cuanto ella es mayor que la de cardenal, y su carga más pesada, y la cuenta que della se ha de dar á Dios más estrecha y peligrosa. El no haber hecho más diligencias en esto debia de ser por parecerle á él cosa de burla. Pero éstos son toques y ocasiones que descubren mucho el afecto y compostura del ánimo, y tanto más, cuanto son más repentinas y ménos pensadas.

(1) Aquí no podía excusar RIVADENEIRA el hablar de suceso tan grave, como testigo de ello.

#### CAPÍTULO IX.

De algunas misiones y colegios que se hicieron en este tiempo.

Esto fué año de mil y quinientos y cincuenta y nueve; vino el año de mil y quinientos y sesenta, en el cual la santidad del papa Pio IV, que habia sucedido á Paulo IV, envió á varias partes diversos padres de la Compañía, para que con sus trabajos sirviesen á la santa Iglesia. Al reino de Hivernia envió un padre con un hermano, para que de su parte secretamente animasen á los católicos, que andaban ya muy fatigados y afligidos de la Reina de Inglaterra y de sus ministros, y se informasen de los naturales á quien con mayor seguridad y provecho se podrian conferir los obispados y otras dignidades eclesiásticas de aquel reino, que son á provision de la Sede Apostólica; y finalmente, para que viese el estado miserable de aquella provincia, y avisase á su Santidad de todo lo que se le ofreciese, que para remedio ó alivio de tantos males podia proveer.

Envio asimismo el Papa otro padre con un hermano al reino de Chipre, á la ciudad de Nicosia, que es la metrópoli de aquel reino, por la instancia grande que hizo el arzobispo della, queriendo fundar un colegio de la Compañía en su iglesia. Y fué con el Arzobispo el padre Manuel Gomez de Montemayor, y anduvo parte de la isla, predicando y confesando en italiano á muchos que lo entendian, y ejercitándose en otros oficios de caridad. Pero halló tan poco aparejo y tan estragadas las costumbres de los naturales, que se volvió sin esperanza de poder hacer fruto; y así, diez años despues se siguió el castigo severo del Señor, que dió aquel reino en manos de los turcos, los cuales le arruinaron, cautivaron y destruyeron, el año de mil y quinientos y setenta.

Tambien, á suplicacion de la señoría de Ragusa, fueron dos padres, uno italiano y otro español, de nuestra Compañía á aquella república, la cual, por estar tan vecina de los turcos, y pagarles párias, y ser de gente bien inclinada y devota y comunmente ocupada en ejercicios de mar, tiene necesidad de doctrina, y esfuerzo y disposicion para ser aprovechada; y así hicieron gran fruto los dichos padres el tiempo que estuvieron en ella.

Comenzóse en este mismo año de mil y quinientos y sesenta el colegio de la ciudad de Como, en la provincia de Lombardia, al cual ayudaron y favorecieron mucho en sus principios los Obescalcos (1), que es gente honrada y principal en aquella ciudad. Y en la provincia de Toscana (que ahora es la de Roma) se dió principio al colegio de Macerata, fundado por la misma ciudad, que se movió para hacerlo del buen ejemplo y edificacion que daban los nuestros del colegio de Loreto, vecino de Macerata, y del suave olor que derramaban por todas partes, y especialmente por la Marca que llaman de Ancona.

(1) Odescalchi.

En Alemania inspiró nuestro Señor al Arzobispo de Tréveris, que es elector del imperio, á fundar un colegio de la Compañía en su ciudad, para resistir á los herejes, y así lo hizo, y entregó la universidad de Tréveris á los nuestros, que es muy antigua y estaba muy caída, para que la levantasen, y despertasen á los católicos á penitencia y á conocimiento y estudio de la verdadera y católica doctrina. Este mismo año de mil y quinientos y sesenta se envió la gente, y con el favor del Señor, se ha seguido el fruto tan copioso como se esperaba.

En la provincia de Portugal tuvo principio por este tiempo el colegio de la ciudad del Puerto y el de la ciudad de Braga, que fundó don fray Bartolomé de los Mártires, fraile de Santo Domingo, arzobispo de Braga y varon de rara y conocida santidad y letras (2), y tambien el de Baganza (3), que, con el favor de don Teodosio, duque y señor de aquel estado, se dotó y estableció por la gran devocion que tenia á la Compañía y deseo de hacer bien á sus vasallos.

Entre otros muchos padres y hermanos que por este tiempo partieron de España á la India Oriental, fueron el padre Andres Gonzalez, de Medina del Campo, y el hermano Alonso Lopez Navarro; á los cuales sucedió una cosa, que por ser rara y de mucha edificacion la quiero yo escribir. Como cincuenta leguas de Goa, la nave en que iban encalló en ciertos bajios y arenales, y se abrió. Salieron al arenal como trescientos hombres de la nao, de los cuales, algunos pocos de los más poderosos se salvaron en las barcas que llevaban; éstos rogaron mucho á los dos de la Compañía que se entrasen con ellos, porque esperaban en Dios que presto los pondrian á salvamento en su colegio de Goa. Fué tan grande el alarido de la gente desamparada y afligida que estaba en el arenal, y tantas las lágrimas que derramaron, pidiéndoles que en ninguna manera los desamparasen, sino que se quedasen con ellos para oírlos de confesion y ayudarlos á bien morir, que se determinaron de perder ántes las vidas que faltar á la caridad y al consuelo y remedio de tantas ánimas. Quedáronse sin humana esperanza de salud, y comenzaron alegremente el padre á confesar, y el hermano á repartir la poca vianda que pudieron salvar de la nao quebrada; y si no fuera por ellos, allí se matáran (los que habian luégo de morir) sobre el agua y mantenimientos, que les duraron pocos días. Pero con la exhortacion, ejemplo y esfuerzo del padre y del hermano, murieron casi todos en paz, encomendándose á Dios, y de los postreros que murieron fueron los que se quedaron voluntariamente á morir, porque vivia en sus almas la caridad de sus hermanos. Todo esto contaron unos pocos de los que quedaron, y pudieron hacer un barquillo de las reliquias de la nao hecha pedazos, y llegaron salvos á Goa.

(2) Escribió su vida el padre fray Luis de Granada.

(3) Así se pronunciaba entónces en España la palabra *Baganza*, y así la escribia tambien santa Teresa por aquel tiempo.

## CAPÍTULO X.

Cómo se dieron las casas que ahora tiene al colegio romano, y el favor que le hizo el papa Pío IV.

Este mismo año de mil y quinientos y sesenta, siendo ya sumo pontífice el papa Pío IV (como dijimos), se dieron al colegio romano, con autoridad é intercesion de su Santidad, las casas que ahora tiene para su habitacion, que fué un singular beneficio para aquel colegio y para toda la Compañía, porque hasta este tiempo no tenía casa cierta y propia, ni aún suelo para labrarla, y vivian los colegiales en una casa alquilada, con grande estrechura é incomodidad. Fué el Señor servido que al mismo tiempo que se buscaba sitio cómodo para el colegio, y no se hallaba en Roma, doña Vitoria Tolfa, marquesa del Valle y sobrina del papa Paulo IV, ya difunto, nos diese una isla de casas, que ella habia juntado y comprado para edificar un monesterio de monjas; porque habiéndole comenzado, no habia salido á su gusto, y queria trocarle en otra obra pia, de la cual se sirviese más nuestro Señor (como lo escribimos en la vida de nuestro santo padre Ignacio). Hizo en esto el papa Pío IV oficio de padre y señor de la Compañía, porque interpuso su autoridad con la Marquesa, y dió orden para que se concluyese, y fué el primero sumo pontífice que señaló limosna ordinaria para el colegio romano, y le favoreció tanto, que le vino á visitar por su persona y le encomendó muy encarecidamente al Católico rey de España, don Felipe el Segundo, con un breve, que para que mejor se entienda la estima que este santo pontífice tenía deste colegio y de toda la Compañía, le quiero poner aquí.

Á NUESTRO CARÍSIMO EN JESUCRISTO HIJO, FELIPE, REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS.

«Carísimo en Cristo hijo nuestro, salud y apostólica bendicion. A nosotros nos pertenece, por razon de nuestro oficio, tomar debajo de nuestro amparo y proteccion á todos los que profesan vida religiosa y perfeta, y á los reyes les conviene mucho hacer bien á los siervos del Señor, por el cual ellos reinan; porque el Señor se recibe y honra en sus siervos, como él lo dijo en el Evangelio: «El que á vosotros recibe, á mí me recibe.» Pero entre las otras, parece que con particular amor y cuidado, con razon debe abrazar la Sede Apostólica la religion de la Compañía de Jesus, que ha sido instituida poco tiempo há, y confirmada desta santa Silla. Porque estos padres, aunque han sido como llamados á las nueve del dia (1), y enviados á cultivar la viña los postreros de todos por el Señor, con tanta continuacion y ahinco han comenzado á trabajar en ella, que no solamente arrancan las espigas y malezas que la ahogan, mas tambien la han dilatado y propagado

(1) Diria probablemente el Breve la hora de nona, la cual no corresponde á las nueve del dia.

en otras partes. Parece cosa increíble el progreso desta religion, cuánto se ha extendido en tan breve tiempo, el fruto que ha hecho en la Iglesia de Dios, los colegios que, con la gracia del Señor, en diversas provincias ha fundado, con grande utilidad y beneficio de las naciones y tierras donde se han fundado; porque, por la buena diligencia destes padres, en unas partes la fe católica se sustenta, en otras la pestilencia de las herejías se reprime, en otras los gentiles y idólatras, dejando el culto de sus falsos dioses, se convierten al conocimiento y verdadero culto de Dios vivo y verdadero. Por donde se ve que el Señor ha levantado esta nueva religion en nuestros tiempos tan turbulentos y calamitosos de la Iglesia, y la ha opuesto á los ministros de Satanas, que la persiguen y afligen, para que, así como ellos ciegan con sus errores á los simples é inorantes, así estos padres los alumbrén con la luz de la verdad, y cuanto ellos con su mala vida y peor doctrina destruyen, tanto estos padres con sus santos ejemplos y doctrina católica edifiquen. Desta orden tenemos en esta santa ciudad un colegio muy copioso, que es como seminario de los otros colegios que en Italia y fuera della, en Alemania y Francia, se han establecido y fundado. Deste seminario salen escogidos y valerosos ministros, los cuales esta santa Silla envía á otras provincias como unas generosas y frutuosas plantas, para que se planten en otros jardines de la santa Iglesia. Porque vemos por experiencia que parte con la pia y cuidadosa institucion y enseñanza de la juventud, parte con la predicacion y doctrina, parte con la administracion y uso de los sacramentos, obrando el Señor con ellos, proceden los frutos que ella en este tiempo ha menester. Estos padres no huyen ningun trabajo que se les ofrezca por la honra de Dios y servicio desta santa Silla; van y navegan á todas las naciones y á todos los lugares donde son enviados, aunque sean de herejes y de infieles, y apartados hasta las remotas provincias de la India, sin ningun temor ni espanto, porque van arrimados al favor de aquel Señor por cuyo amor ellos lo hacen. De manera que debemos mucho á este colegio, que tan bien se emplea en defender y amplificar la religion católica; pues están siempre tan aparejados los que se crian en él, para cualquiera empresa que se ofrezca del servicio de Cristo nuestro Señor y desta su Silla Apostólica. Pero, así como por estar en esta santa ciudad, que es como el alcázar de la religion cristiana y cabeza de la Iglesia católica, á nosotros toca favorecerle para que pueda aprovechar á todos los miembros de la Iglesia (como lo hacemos), así tambien conviene que sea ayudado de todos los fieles, y que particularmente sea favorecido con proteccion de vuestra majestad, sobre lo cual habemos escrito al venerable hermano Alejandro, obispo de Cariati, nuestro nuncio, para que dél entienda vuestra majestad la necesidad deste colegio, á la cual habemos querido

con estas nuestras letras sinificar el fruto grandísimo, y para los tiempos que corren muy oportuno, que toda la Iglesia católica reciba dél. Por lo cual exhortamos en el Señor y rogamos á vuestra majestad, y en remision de sus pecados le aconsejamos, que con aquella excelente piedad y liberalidad, con la cual favorece á todas las religiones que trabajan en la viña del Señor, como rey verdaderamente católico, abrace este colegio y le tenga por muy encomendado; teniendo por cierto que todo lo que hiciere por él será provechoso á vuestra majestad y á su hijo, en este siglo y en el venidero. Dada en Roma, en San Pedro, á veinticuatro de Noviembre de mil y quinientos y sesenta y uno, en el segundo año de nuestro pontificado.»

## CAPÍTULO XI.

El martirio del padre Gonzalo de Silveira.

En el principio deste año de mil y quinientos y sesenta, el padre Gonzalo de Silveira, de nacion portugues, hijo del Conde de Sortella, partió de Goa á los reinos de Inambay y Manomotapa (1) (que están junto al Cabo de Buena-Esperanza, entre Sofala y Mozambique), á alumbrar aquella gente ciega con el resplandor del santo Evangelio, y despues fué martirizado por mandado del Rey de Manomotapa, á quien el mismo padre Gonzalo de Silveira habia convertido á nuestra santa fe y bautizado, con alguna gente principal de su reino. Porque, despues de haber tenido en Inambay una enfermedad de ojos tan peligrosa, que le puso en lo último de la vida, y haber bautizado en la ciudad de Tonge, donde el Rey residia, dentro de pocos dias, al mismo Rey y á su mujer, hermana y hijos y parientes, con los principales de su reino y otra gran muchedumbre de gente popular, y haber pasado muchos peligros de tempestades y rios, y excesivos trabajos de los calores insufribles de aquella tierra (que aunque es abundante de oro, es falta de mantenimientos), llegó finalmente á Manomotapa, y el Rey le envió luégo á visitar, sabiendo de unos mercaderes portugueses que era hombre ilustre, y por esto, y por su santidad, muy estimado en Portugal. Envióle juntamente un rico presente de oro, bueyes y hombres para que le sirviesen. Mas el padre, dando las gracias al Rey por la honra que le hacia, y tornándole á enviar su presente, le respondió que no era aquel el oro, ni aquellas riquezas las que él venia de tan léjos á buscar á la tierra de su alteza. De lo cual no poco quedó maravillado el Rey, diciendo que aquel hombre no era como los demas, pues ponía debajo de los piés lo que los otros hombres tanto precian y estiman, y con tantas ansias y trabajos buscan por mar y por tierra. Con esta buena opinion que ya el Rey tenía del padre, le recibió con grandes muestras de alegría y de amor, haciéndole sentar en una silla cabe sí,

(1) Tambien este nombre, y otros de África é India, se dejan tal cual los pronunciaba y escribia el PADRE RIVADENEIRA.

y honrándole más que á nadie, y ofreciéndole la cantidad de oro, heredades, rentas y bueyes que quisiese. Pero el padre Gonzalo de Silveira le respondió que ninguna cosa de aquellas le hartaba, y que solamente deseaba el bien y eterna felicidad de su ánima. Presentóle despues el padre una rica y hermosa imágen de nuestra Señora, la cual el Rey reverenció con mucha humildad, y puso en una pieza que para esto mandó aderezar, y en ella un altar para que sirviese de oratorio. Despues que el Rey tuvo esta imágen en su casa, la Reina de los ángeles, rodeada de inmensa luz y claridad, y despidiendo un olor suavísimo, le apareció entre sueños las cinco noches siguientes, en la misma forma que representaba la imágen que tenía en su oratorio. Lo cual el mismo Rey contó al padre Gonzalo de Silveira, añadiendo que estaba muy triste y desconsolado, porque él no entendia nada de lo que le decia aquella Reina tan hermosa, cuando de noche le hablaba. A esto respondió el padre que no se maravillase su alteza, porque lo que decia aquella Señora era lenguaje del cielo, el cual no podian entender sino los que obedecian á los mandamientos del Hijo de aquella Reina soberana, porque era Dios y hombre verdadero y Redentor del linaje humano. Finalmente, á los veinticinco dias de su llegada á Manomotapa, con grande aparato bautizó al Rey, poniéndole por nombre Sebastian, y á su madre, que se llamó Maria, y con su ejemplo, recibieron tambien el santo bautismo casi trescientos de los principales. Y aunque le ofreció el Rey cien bueyes el dia que se bautizó, y despues otras muchas cosas, todas se repartieron á los pobres, comiendo él sólo un poco de mijo cocido y yerbas y fruta silvestre. Estando, pues, todo el pueblo muy edificado y deseoso de imitar á su rey, y recibir la ley de Cristo nuestro Redentor, un cacique moro, gran hechicero, que se llamaba Minguames de Mozambique, con otros moros poderosos y privados del Rey, le persuadieron que el padre Gonzalo de Silveira era gran mago y encantador, y que mataba con ponzoña y enhechizaba, con aquellas palabras que decia en el bautismo, á todos los que le recibian, para que aunque no quisiesen, le amasen, sirviesen y favoreciesen; y que habia venido enviado del virey de la India y de los señores de Sossala, para reconocer el estado y fuerzas de su reino, y solevantar el pueblo contra él y tomárselo por fuerza. Con estas y otras semejantes mentiras engañaron al pobre Rey, que era mozo, y á su madre, y le persuadieron que diese la muerte á quien á él le habia dado la vida. Antes que se supiese la determinacion del Rey, que tan en secreto se habia tomado, se la dijo el padre Gonzalo á Antonio Cayado (que era un portugues honrado, que le servia de intérprete). El mismo dia en que se habia de ejecutar la maldad, que fué á los once de Agosto, y la fiesta de santa Susana virgen y mártir, hizo obra de cincuenta cristianos, y repartió entre ellos algunos pobres vestidos que tenía, y les dió á todos rosarios en que rezasen. A la tarde confesó algu-

nos portugueses que estaban allí cerca, y les habló con rostro alegre y con ánimo sosegado y contento, y les dió los ornamentos y aderezos de la iglesia que traía consigo, para que los llevasen á casa de Antonio Cayado, y él se quedó con un crucifijo en las manos, como aparejándose para la muerte, que esperaba. Y esperábala con tan gran deseo y alegría, que dijo á Antonio Cayado: «Más aparejado estoy yo para recibir la muerte que mis enemigos para dármele; yo perdono desde aquí al Rey y á su madre, porque entiendo que no tienen tanta culpa, y que han sido engañados de los moros.» Siendo ya de noche, y pareciéndole que tardaba mucho aquella hora tan deseada por él, en la cual había de dar la vida por su Señor, se salió á pasear por el campo junto á su posada y con pasos muy apurados; unas veces enclavaba los ojos en el cielo, otras levantaba las manos, y otras las ponía en cruz, ofreciéndose á la muerte por su Criador y Señor. Y no pudiendo sosegar, se entró en su aposento, y hecha una larga y devota oracion, derramando muchas lágrimas delante del crucifijo, se echó sobre una cama de cañas en que solía dormir. Estando en ella, entraron ocho soldados que enviaba el Rey en el aposento, y le echaron una soga á la garganta, y apretándosela, le dieron la muerte, haciéndole reventar la sangre por las narices, ojos y boca, y con rabia diabólica hicieron pedazos el crucifijo que allí tenía. Llevaron el cuerpo muerto arrastrando, hasta echarlo en un rio que se llama Mossengesses, porque temian (según los moros habían publicado) que quedando aquella noche á la luna el cuerpo muerto de un tan grande hechicero, inficionaria toda la ciudad de pestilencia. Despues que se ejecutó esta maldad, quiso el Rey, por la saña que tenía, hacer matar á los cincuenta cristianos que el padre Gonzalo había bautizado el mismo dia que fué martirizado (como dijimos), y que les quitasen las cosas de devocion que les había dado y los vestidos que les había repartido. Pero fuéronle á la mano los principales del reino, que llaman encoses, y le aplacaron, y le dieron á entender que si el ser bautizado era culpa, que merecía la muerte su alteza, y ellos mismos, que habían recibido el agua del bautismo, eran merecedores della. Mas despues que, pasada aquella embriaguez y furor con que había estado, el Rey comenzó á volver en sí, y despedidas ya las nieblas del falso temor y engaño, abrió los ojos del entendimiento para considerar lo que había hecho, los portugueses que allí estaban fueron á hablar al Rey y le dieron á entender cuán mal lo había hecho con el padre Gonzalo de Silveira, que tanto había procurado y deseado su bien, y cuán grave delito había cometido mandando matar aquel hombre santo é inocente, y le atemorizaron con la venganza y castigo de Dios todopoderoso y justo juez, y con el de los hombres, que se levantarían contra él. El pobre Rey se excusó echando la culpa á sus consejeros y privados, que le habían engañado; y mostrando pesar dello, hizo luego matar á dos de

los que se lo habían aconsejado, y buscar otros dos que se habían huido, para que pagasen la culpa que tenían, con su muerte.

Este fué el dichoso fin del padre Gonzalo de Silveira, digno por cierto de su santa vida, porque fué varon muy devoto, penitente, mortificado, gran despreciador del mundo y de sí mismo, celoso por extremo de la salud de las ánimas, y finalmente, tal, que mereció, en premio de tan santa vida, una muerte tan gloriosa como el Señor le dió. En una carta que escribió este bienaventurado padre, estando en la ciudad de Braga, al padre Godino (que era un padre grave y antiguo de la Compañía), le dice que deseaba, con la gracia de Jesucristo, pedir limosna de puerta en puerta, y no comer sino lo que le diesen de limosna, confesar hasta que no quedase penitente ninguno por confesar, velar hasta que no hubiese que hacer, predicar hasta enronquecer, mortificarse hasta morir. Y añade: «Porque yo bien podré morir en esta enfermedad; mas, con la gracia del Señor, no aflojaré, ni dejaré de buscar el camino para ser crucificado como Cristo.»

#### CAPÍTULO XII.

De la ida de algunos padres á Alejandria y al Cairo, y la causa della.

El martirio del padre Gonzalo de Silveira fué el año de mil y quinientos y sesenta y uno, y en este mismo año la santidad del papa Pío IV envió algunos de la Compañía al Cairo, al patriarca de los coftos, y fué ésta la ocasion. En el tiempo que vivía el papa Paulo IV vino á Roma un hombre, de nacion siro, llamado Abraham, enviado de parte del Patriarca de Alejandria y de su clero, y de toda la nacion de los coftos, para dar, en nombre de todos, la obediencia á la Sede Apostólica; y trujo letras del mismo Patriarca, en que confirmaba lo que decia su embajador, y suplicaba á su Santidad, con grande sumision y encarecimiento, que le enviase alguna persona inteligente de las cosas de la Iglesia romana, que los instruyese en ellas, para que entendiendo ellos la verdad, la abrazasen y se uniesen con su cabeza. Estuvo este embajador cuatro años en Roma dando y tomando en el negocio; porque, como está gente es tan liviana y doblada, se temió de la verdad del embajador, y que hubiese algun engaño y artificio en lo que de parte de su patriarca proponía. Muerto el papa Paulo IV, vinieron nuevas cartas y nuevas promesas del patriarca de los coftos, y el papa Pío IV, sucesor de Paulo IV, viendo esta perseverancia, como buen pastor, y celoso de reducir aquellas ovejas perdidas (que son muchas) al rebaño de Cristo, que es la Iglesia romana, determinó enviar algunos fieles hijos y ministros della al Patriarca de Alejandria. Para esto mandó al padre maestro Lainez que le diese dos padres, tales cuales eran menester para aquella jornada. El padre nombró al padre doctor Cristóbal Rodriguez, español, varon de mucha religion, prudencia y letras, y al padre Bautista,

romano, que por ser hombre de conocida virtud y celo, y saber la lengua arábica, y ser plático en aquella tierra, pareció á propósito para acompañarle. Estos dos y otro hermano, tambien español, partieron de Roma, el año de mil y quinientos y sesenta y uno, á dos de Julio, en compañía de Abraham, para Alejandria y el Cairo, para tratar y concluir con el Patriarca lo que su embajador en su nombre y con sus cartas había ofrecido. Y para ganarle más la voluntad, su Santidad le envió con los padres un ornamento patriarcal muy rico, y hizo grandes mercedes al embajador, para que fuese más fiel y ayudase de mejor gana á la reducion de aquella gente á la Iglesia romana. Padecieron los padres muchos trabajos y peligros, por mar y por tierra, entre moros, judios, renegados, herejes y cismáticos, y para salir bien dellos se armaban con continua oracion y penitencia, y con la observancia de su instituto y reglas. Finalmente, llegaron á Alejandria, y de allí pasaron al Cairo, y del Cairo, algunas jornadas más adelante, á un desierto que llaman de San Anton, donde estaba el Patriarca, al cual dieron el presente y recado de su Santidad. Pero, ó porque ya se había mudado, ó porque (como él decia) no había tenido tal intencion, nunca quiso hacer lo que su embajador había prometido, ni dejar los muchos y grandes errores que tenía, ni reconocer al sumo Pontífice por pastor universal y vicario de Cristo en la tierra. Y aunque muchas veces en diversas pláticas y disputas le convencieron, mostrándole por los mismos concilios generales que se celebraron en Oriente, y por los santos doctores griegos antiguos, la verdad de lo que tiene y profesa la Iglesia romana, fué tanta su inorancia y obstinacion, que nunca se quiso ablandar, ni rendirse á la razon de los que, por su salvacion y la de sus súbditos, habían tomado el trabajo de tan larga y peligrosa peregrinacion. Mas, puesto caso que esta jornada á aprovecharse al Patriarca ni á sus coftos, no dejó de ser fructuosa para los que fueron á ella, aceptando nuestro Señor la buena voluntad y obediencia con que se ofrecieron y tomaron los trabajos della, y para justificar más la causa de Dios, que castiga con tan largo cautiverio aquellas naciones cismáticas, porque lo son, y están tan rebeldes y apartadas de su cabeza, que es la Iglesia romana, y no ménos para mostrar el cuidado y vigilancia que los sumos pontífices (como verdaderos pastores) tienen de reducir y traer al aprisco las ovejas descarriadas. Tambien aprovechó esta jornada á otros muchos cristianos católicos, que se confesaron con los padres y se comulgaron, y emendaron sus vidas con su trato y conversacion, y no ménos á algunos infieles, renegados y herejes, que se convirtieron de su infidelidad y obstinacion á la pureza de nuestra santa religion. Y áun algunos griegos, con ser tan pertinaces en sus falsas opiniones y errores, se reconocieron, y abrazaron la doctrina de la santa Iglesia romana, confesando que es cabeza y madre y maestra de las demas. Confesáronse sacramentalmente algunos dellos con los nuestros, y edifi-

cáronse en gran manera, por ver que no quisieron tomar una buena cantidad de moneda que despues de haberse confesado les ofrecian, y decian que aquellos sacerdotes latinos no buscaban sus haciendas, sino sus almas, ni eran como sus sacerdotes griegos, á los cuales, cuanto son más graves los pecados que el penitente les confiesa, tanto es más larga la limosna que les suelen hacer para que les den la absolucion.

#### CAPÍTULO XIII.

De algunos colegios que se fundaron, y cómo fué dividida la provincia de Castilla.

Este mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno se fundaron algunos colegios en varias provincias. En la de Alemania se comenzó el colegio de Maguncia, que el arzobispo della y elector del imperio fundó, y entregó luego el colegio de teología que hay en aquella universidad, á los nuestros, para que levantasen los estudios de teología, que estaban caidos, y con sus liciones y sermones resistiesen á los herejes, y conservasen los católicos en nuestra santa fe, como lo han hecho con notable fruto, por la gracia del Señor.

En la provincia de Nápoles se comenzó la casa de probacion de la ciudad de Nola; la cual fundó despues doña María de Sanseverina, condesa de Nola y señora no ménos ilustre en piedad que en sangre, y devotísima de la Compañía; y para asiento desta casa compró un palacio muy capaz y magnifico, que había sido de los antiguos condes de Nola.

En España asimismo se estableció el colegio de Cuenca; porque, aunque desde el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro habían residido en aquella ciudad algunos de la Compañía, y se habían sustentado con las limosnas de los ciudadanos, y especialmente con la liberalidad del doctor Alonso Ramirez de Vergara y de Pedro del Pozo, que eran canónigos de Cuenca, y grandes devotos y bienhechores de la Compañía, todavia no había colegio fundado hasta este año de mil y quinientos y sesenta y uno, en el cual, siendo el padre Nadal comisario general en España, admitió por fundador al canónigo Pedro de Marquina, que había sido muy amigo de nuestro beatísimo padre Ignacio en Roma, y labrado unas casas para este efeto. Y despues Lope de Marquina, su sobrino, tambien canónigo de Cuenca, acrecentó la renta y aumentó la fundacion que había hecho su tío.

Este mismo año de mil y quinientos y sesenta y uno, don Juan Pacheco y de Silva y doña Jerónima de Mendoza, su mujer, señores del Villarejo de Fuentes, deseando tener padres de la Compañía en su tierra para que la cultivasen con sus trabajos y doctrina, hicieron donacion de algunas tierras y renta á la casa de probacion que se instituyó en el Villarejo; la cual donacion aceptó el mismo padre Nadal, el año de mil y quinientos y sesenta y dos, y despues se fué acrecentando más aquella casa con el edificio della y de la iglesia, por la piedad y